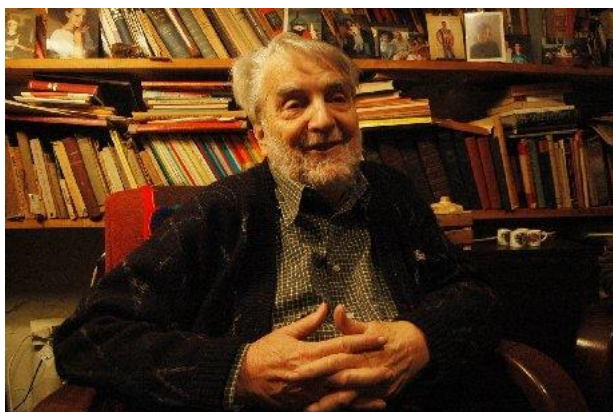


Oswaldo Bayer, la pedagogía del ejemplo¹

Néstor Kohan



[Oswaldo Bayer en su casa, “El Tugurio”]



[Oswaldo Bayer como orador principal de un acto público en las avenidas Callao y Corrientes, centro de Buenos Aires, a la noche, horario central (19hs), en defensa de los presos políticos, organizado por la Cátedra Che Guevara y el Colectivo Amauta]

¹ Texto redactado en marzo de 2008.



[Osvaldo Bayer, junto con el artista Miguel Rep y Néstor K. en la presentación del libro ***Gramsci para principiantes*** en el bar Raúl González Tuñón]

No estoy seguro de la primera vez que escuché hablar de Osvaldo o leí algo suyo. Quizás fue su polémica con Alvaro Avós sobre Severino. Creo que la leímos juntos con un amigo del barrio que por aquella época —comienzos de los ‘80— se sentía peronista. Ya desde aquel momento Osvaldo comenzó a acompañarnos en nuestra formación política y en nuestras primeras incursiones adolescentes en la política argentina, donde vírgenes e ignorantes descubríamos y discutíamos el peronismo, el comunismo, el anarquismo, el radicalismo.

Un poco tiempo después, nos acercaron la fotocopia de la obra de teatro de Bertolt Brecht *Galileo Galilei*, que utilizamos en las clases de filosofía en una escuela de la provincia de Buenos Aires. ¿Su traductor al castellano? “Oswald Bayer”...

Si no recuerdo mal, a Osvaldo lo conocí personalmente en 1993, cuando en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA publicamos un número especial de la revista *Dialéctica* donde denunciábamos la complicidad de nuestros profesores con la dictadura militar del carnicero Jorge Rafael Videla. Habíamos publicado un dossier completo con los discursos pronunciados por los siniestros Cacciatore y Videla en un Congreso Internacional de Filosofía que, en plena dictadura militar (corría el año 1980), los profesores “democráticos” le habían organizado a los asesinos y violadores de la ESMA para legitimarlos ante la opinión pública internacional. Al publicar la lista de asistentes y ponentes a ese congreso miserable, el elenco estable de la universidad se volvió “loco”, se puso completamente “fuera de sí”. Perdieron la brújula. Resulta que los “demócratas” habían colaborado con Videla... ¡Y eso se hacía público...! Nos amenazaron con juicios millonarios, algunos perdimos incluso el empleo por las represalias. Solos, aislados y bastante desesperados, pedimos solidaridad. Nos acompañó un abanico importante de intelectuales y militantes, entre los que sobresalían las Madres de Plaza de Mayo y Osvaldo Bayer (así como el filósofo León Rozitchner, según ya hemos señalado anterioremtne en este libro). Como justo en ese momento Osvaldo viajaba a Alemania, publicamos sus polémicas con Ernesto Sábato sobre la dictadura y la complicidad civil. Osvaldo se sentía feliz de poder contribuir a esa solidaridad que

aumentaba aún más la apuesta acusando a los cómplices intelectuales de la dictadura militar. Con la revista circulando y la campaña de denuncia de por medio, pude aprovechar para visitarlo en su casa, disfrutando de sus charlas, sus recuerdos y consejos.

A los pocos años, había planeado escribir un libro (que nunca publiqué) sobre mi maestro, Ernesto Giudici, quien durante los años '60 había compartido prisión con Osvaldo —por entonces dirigente sindical—. Volví a ver a Bayer, solicitándole una entrevista. Osvaldo, no podía ser de otro modo, aceptó y me relató aquellas épocas de cárcel “democrática”, su diálogo con los comunistas tras las rejas, los cursos en la prisión. Aunque él se enrolara en el anarquismo, tuvo en sus recuerdos una actitud ecuménica. Jamás insultó, despreció ni cargó las tintas contra el marxismo. Al contrario, en aquellos recuerdos Osvaldo siempre trató de rescatar la actitud de los presos comunistas, su sabiduría y su entrega en la militancia, aun cuando no compartiera muchas de sus opiniones coyunturales o doctrinarias.

Pasó el tiempo. A los pocos años, tuve la oportunidad de comentar un clásico suyo, *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*. No dejé pasar la oportunidad. Por entonces trabajaba en el diario *Clarín*, en el suplemento cultural de este monopolio comunicacional. Allí tenía un jefe “liberal”, que no simpatizaba con la izquierda pero... “dejaba hacer” (a diferencia de otros ex izquierdistas que, versados y familiarizados con el marxismo, al volverse conversos nunca dejaban pasar nada fuera del canon de la cultura oficial). Aprovechando esa momentánea elasticidad, publiqué una nota sobre la reedición de su libro sobre Severino. Remarcaba la enorme distancia que separaba a Osvaldo de tantos otros intelectuales otrora rebeldes, cansados de escapar y ser perseguidos, que terminaron arrodillándose ante el poder de turno que tanto habían despreciado en sus juventudes.

Cuando salió publicada la reseña crítica sobre el *Severino*, se la llevé a su casa. Allí tuve la oportunidad de disfrutar nuevamente de su oralidad, sus incontables anécdotas, sus ironías, su mirada dulce y su humildad. En realidad fui a verlo con el pretexto de la nota pero lo que quería era conversar con él. Osvaldo recibía y recibe a todo el mundo en un cuartito que contiene libros desde el suelo hasta el techo. Por supuesto que le pregunté por todo lo que podía, desde el Che Guevara y Rodolfo Walsh hasta Pirí Lugones; desde la filmación de *La Patagonia Rebelde* hasta su opinión sobre Rudi Dutschke y Rosa Luxemburg. Allí me enteré que Osvaldo había fundado y dado título al suplemento cultural donde en ese momento salía publicada la nota sobre el *Severino*. Me contó de los años de trabajo en *Clarín*, su amistad en la sala de redacción con Raúl González Tuñón, sus polémicas con periodistas hoy famosos (por entonces vinculados a Montoneros) que trataban de boicotearlo.

Al poco tiempo se fundó la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo. Osvaldo estaba siempre al pie del cañón. Cuando toda la sociedad oficial insultaba a las madres —antes de su actual acercamiento a Kirchner y al Partido Justicialista— Osvaldo era uno de los pocos que las defendían. A partir de ese momento lo encontré mucho más seguido. Sus anécdotas sobre la lucha antidictatorial y el rol que por entonces habían jugado las madres fueron incontables.

En medio de esas agitadas peripecias que vivimos dentro de la Universidad Popular, con Osvaldo y Miguel Rep nos fuimos al Chaco y a Corrientes a presentar el libro *Gramsci para principiantes*. Ante nuestro estupor, en la librería de Corrientes la derecha más tradicional y oligárquica de la provincia lo esperaba a Osvaldo para cuestionarlo como “entregador de la Patagonia a los chilenos” y otras payasadas similares. Si alguna suerte tuvo Osvaldo como escritor es que nunca su prosa pasó desapercibida. Siempre, siempre, siempre tuvo el privilegio de molestar y exasperar a la derecha. Anécdotas al margen, recordamos cuánta sabiduría derrochaba Osvaldo al hablar de Antonio Gramsci y de Rosa Luxemburg, ambos marxistas revolucionarios, no anarquistas. Sin embargo, Osvaldo los homenajeaba como también lo hacía con Ernesto Che Guevara (a quien conoció personalmente en Cuba) o con Augusto Cesar Sandino. Dolido, más de una vez nos relató el sectarismo de alguna corriente anarquista que lo maltrataba por esa amplitud de miras y esa reivindicación de revolucionarios de tendencias hermanas.

Más tarde, nos tuvimos que ir de la Universidad Popular. Osvaldo nos felicitó por no haber atacado a las madres en nuestra carta de despedida. Siempre valoraba la sabiduría que él mismo predicaba y ejercía día a día. Si una virtud ha tenido Osvaldo es que ha sabido mirar la política y la lucha con un diafragma gran angular. Nunca se quedó en las pequeñeces, ni siquiera cuando en ellas pudieran descubrirse debilidades, limitaciones, mezquindades o graves errores. Siempre intentó mirar al conjunto, la gran perspectiva histórica, no los detalles que casi seguro se los va a llevar el viento.

Ya fuera de la Universidad de las Madres, padecimos el sectarismo típico de las mentes ramplonas. Algunos poquitos ex compañeros y compañeras nos negaban el saludo y hasta la mirada. Daban vuelta la cabeza al cruzarse con nosotros. Un comportamiento típico de secta stalinista. Cualquier discrepancia era traducida inmediatamente como sinónimo de vaya uno a saber qué pecado. Dando la espalda a esas pequeñeces mezquinas y tontas de nuestra política cotidiana, Osvaldo mantuvo la mano abierta, la mirada cálida y el brazo extendido para quienes discrepábamos, respetuosamente, con las madres y su acercamiento al gobierno de la familia Kirchner. Por eso, ya fuera de la Universidad Popular y enfrentados al kirchnerismo, tuvimos el privilegio de que nos prologara un libro (*Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas*) donde agrupábamos numerosas notas y artículos de crítica cultural, incluyendo una entrevista realizada a Hebe de Bonafini en junio de 1983, cuando todavía estaban los militares en el gobierno.

Para agradecerle el gesto de su hermoso prólogo, con Osvaldo acordamos juntarnos a comer un rico queso y tomar un vino tinto. No lo pudimos hacer (todavía). Osvaldo vive, día a día, una agenda agitadaísima, itinerando de pueblo en pueblo, de escuela en escuela, de sindicato en sindicato. Lo llaman de todos lados y él siempre va. “Tengo el sí fácil”, bromea y se ríe.

La última vez que hablé con Osvaldo lo convocamos a participar como orador central en una clase pública en defensa de los presos políticos organizada por nuestra Cátedra Che Guevara. Se trataba de cortar y ocupar las avenidas Callao y Corrientes, corazón de la ciudad de

Buenos Aires en el horario pico y central. No dudó ni medio segundo en aceptar, sabiendo del macartismo de nuestra sociedad oficial e incluso de algún segmento de la izquierda institucional que inmediatamente nos enroló en la organización a la que pertenecían los presos que nosotros defendíamos. No nos sorprendió, ni la actitud noble de Osvaldo, ni el rechazo de la derecha ni el sectarismo de alguna izquierda reformista. Osvaldo fue a ver a los presos políticos a la cárcel y ocupó el papel de orador de cierre del acto callejero donde hicimos nuestra clase pública. Su discurso, emotivo y solidario, fue, si no recuerdo mal, un poco triste. Se lo sentía decepcionado. En un momento afirmó que pasaron tantos años... y seguimos con presos políticos. Era el balance de un viejo luchador que seguía como en tiempos de su juventud, sin escaparse un milímetro de su ideal ético.

Estamos sorprendidos. Al recordar y husmear en el pasado, ante la necesidad de recuperar del olvido todo lo que expresamos más arriba, reconstruyendo en la memoria viejos proyectos perdidos, encuentros e iniciativas diversas, nos damos cuenta que Osvaldo nos acompañó en muchas de nuestras experiencias políticas e intelectuales más significativas. Siempre le tuvimos cariño y admiración, pero no habíamos tomado conciencia de esa compañía tan estrecha y cercana. Osvaldo siempre estuvo junto a nosotros sin gestos grandilocuentes, sin grandes poses, sin la voz impostada ni el ceño fruncido. Con una sencillez a toda prueba y una humildad silenciosa. A tal punto que uno no se da cuenta y casi ni lo advierte. Pero Osvaldo siempre está ahí. No falla nunca. ¿Se acuerdan los lectores de aquella frase famosa de Bertolt Brecht sobre "*los imprescindibles*"? Pues precisamente de eso se trata en este caso.

Como nos sucedió a nosotros, ¿a cuántos muchachos y chicas habrá acompañado y guiado durante décadas este viejo luchador libertario? Deben ser incontables.

¿Su actitud fue común? Lamentablemente creemos que no.

Por ubicación generacional, no hemos vivido los años '50, '60 y '70. Sí padecemos, en cambio, la llamada "transición a la democracia" que conjugó la doble moral hipócrita del alfonsinismo y el doble discurso cínico del partido justicialista con la extendida cooptación de antiguos intelectuales de izquierda. Con el señuelo de "refundar la República" y muchas becas, cátedras y subsidios bajo el brazo, connotados ex izquierdistas se sumaron alegremente durante esos años a la apología del orden existente.

Mansitos, quebrados, conversos y totalmente descreídos de sus viejos sueños de rebelión, a diferencia de Bayer estos antiguos rebeldes les recomendaban a los nuevos jóvenes no meterse en problemas y encontrar "un lugarcito bajo el sol", una beca, una cátedra, un subsidio, un dinerillo. Osvaldo fue uno de los pocos intelectuales, entre los más conocidos y renombrados, que resistió esa seducción y esas caricias del poder y se lo transmitió a la juventud. Desde las columnas periodísticas, pero también desde las conferencias, guiones de cine y a través del diálogo cotidiano con una poblada gama de nuevos jóvenes entusiastas, Osvaldo educó, guió, sugirió y marcó el camino de la rebeldía. Fue un maestro de juventudes, en el sentido que esta expresión tenía a comienzos del siglo XX como lo opuesto al especialista despolitizado y al oportunista mediocre y arribista.

Esa pedagogía del ejemplo, la ejerció no sólo con la escritura sino también jugándose en actitudes concretas. Un ejemplo vale más que mil palabras, sentencia el refrán popular. Quizás la máxima expresión de ese compromiso fue su defensa de los presos políticos que sobrevivieron al ataque guerrillero al cuartel militar de La Tablada. Osvaldo no compartía la estrategia política de los insurgentes. Tampoco sus métodos de lucha. Pero supo dejar sus diferencias personales al costado —esa actitud que tanto le cuesta a la izquierda institucional— y se puso a la cabeza de la campaña de denuncias de la masacre, los fusilamientos a sangre fría, la tortura, las desapariciones de prisioneros rendidos, el empleo de fósforo blanco y otras “hazañas” a las que nos tienen acostumbrados el ejército y la policía de nuestro país.

Frente al poder, Osvaldo nunca dudó ni duda. Elige siempre estar con los más débiles, los humillados y humilladas, los derrotados, los torturados, los prisioneros y prisioneras. Comparta o no sus proyectos u opiniones.

Sus obras históricas condensan esa actitud ética, porque si hay un hilo rojo (rojo y negro, acotaría Osvaldo, con ironía) en su obra, es justamente el que teje y entreteje la ética. Cada ensayo, cada artículo, cada biografía, cada guión de cine, repleto de investigaciones de archivo, cargado de abrumadoras pruebas y documentos obsesivamente recopilados, se estructuran sobre una lectura ética de la historia. Por ejemplo, cuando Osvaldo reconstruye la vida de Severino, lo que lo define no es la COLT sino la ética. Cuando nos cuenta el heroísmo de la rebelión patagónica, lo que genera admiración no son los instrumentos de lucha sino los valores que guiaban a los insurrectos. Toda la obra de Bayer debería leerse como una concepción ética de la historia. No centrada en el deber ser kantiano, vacío, universal y totalmente genérico, por lo tanto pasible de ser rellenado con cualquier contrabando, sino una ética humanista y concreta, histórica y terrenal, vinculada a la lucha de los oprimidos y oprimidas y a los conflictos sociales por la emancipación humana.

Nos gustaría terminar estas cortas líneas pensando en voz alta (y sobre el papel) en la influencia de Osvaldo. Pero nos resulta inasible y muy difícil de medir. Únicamente el tiempo nos dirá hasta dónde ha llegado su palabra, su investigación y sus escritos. Sólo recordamos, por ejemplo, que en la conferencia de prensa desarrollada en 1972 durante el fracasado intento de fuga en el aeropuerto de Trelew, el “indio” Bonnet (joven militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del pueblo PRT-ERP) recordaba ante las cámaras que los guerrilleros escapados —luego masacrados— se sentían herederos y continuadores del gallego Antonio Soto, líder la de la rebelión patagónica reconstruida por Osvaldo. Es casi seguro que sus libros sobre el anarquismo combativo de *La Antorcha*, *Culmine* y los expropiadores impactaron fuertemente en la militancia insurgente de los años ’70. ¿Seguirán encendiendo corazones en las nuevas camadas actuales? Sólo podremos saberlo dentro de algunos años.

La visión ética de la historia según Oswaldo Bayer

(A propósito de *Severino Di Giovanni,*
El idealista de la violencia

[Buenos Aires, Planeta, 1998] de Oswaldo Bayer)²

Néstor Kohan



[Portada de la primera edición del libro de Oswaldo Bayer]

Sencillamente un hijo del pueblo, como puede ser cualquier otro. Así se definían los anarquistas. Severino Di Giovanni, el maldito, no es nada más que eso. El libro de Oswaldo Bayer narra su historia, la de un rebelde sin medias tintas, un Espartaco del Río de la Plata, que amó las obras del pacifista Reclus y la crítica de Nietzsche a la moral de los esclavos, que defendió con su traje negro y su Colt 45 la libertad de los obreros Sacco y Vanzetti asesinados en los Estados Unidos y de nuestro Simón Radowitzky recluído 21 años en Ushuaia. Un hombre de acción y un antifascista visceral que además supo castigar duramente al subcomisario Juan Velar, típico macho argentino que hasta ese momento se ufanaba públicamente -como muchos de sus seguidores de 1976- de haberle destrozado el cuerpo y la dignidad a miles de mujeres indefensas y a hombres engrillados en los sótanos policiales.

Con una prosa atrapadora y fogosa, Bayer (titular de la Cátedra Libre de Derechos Humanos de la Universidad de Buenos Aires) nos revive a este entusiasta militante del anarquismo expropiador, que con su periódico *Culmine* intervino en las polémicas de los '20 que

² Texto escrito en 1998.

enfrentaron a los anarquistas de salón de *La Protesta* con los combativos de *La Antorcha*.

Este trabajo -ahora corregido y aumentado- apareció originariamente en 1970, fecha emblemática si las hay. Se convirtió inmediatamente en el libro de cabecera de una generación que se jugó la vida al todo o nada, no por una cuenta bancaria sino por un país distinto. ¿Cómo no leer en Di Giovanni la ardiente epopeya y al mismo tiempo la desgarradora tragedia de muchos militantes (aún hoy innombrables y malditos para la cultura “oficial”) de los ‘70?

Los mismos debates sobre la violencia de abajo, revolucionaria, sobre el “demonio” subversivo, sobre la irreverencia iconoclasta, sobre la transformación completa de la vida cotidiana en pos de un ideal y de un apasionado sentimiento de amor. Al presentar esta nueva edición en un reportaje periodístico, Bayer no dudó en ese sentido en comparar a Di Giovanni con el Che. Lo mismo se podría hacer con algunos otros de sus discípulos argentinos menos difundidos y quizás más odiados.

Como el paralelo era ineludible, muchos se ensañaron impiadosamente con el personaje. Discutiendo el anarquismo de los ‘20, impugnaban en realidad los ‘70. Por eso Bayer abre esta nueva edición con un “Preludio antes de entrar en la tragedia de un hombre: la investigación y la frivolidad histórica”. Allí clava en el aire a diversos intelectuales consagrados de nuestro medio, desde Beatriz Guido y Arturo Jauretche hasta Ernesto Sábato y Alvaro Avós. De todos ellos, fue sin duda éste último quien más debe haber lamentado utilizar como un pretexto al anarquista de los ‘20 para liquidar el legado insepulto de los ‘70 y defender la teoría de “los dos demonios” (que equiparó la insurgencia juvenil con los militares). En una prolongada polémica de 1986 desarrollada desde las revistas *Fierro* y *Crisis*, reunida luego en otro libro de Bayer (*Rebeldía y esperanza*, 1993) éste demuestra la falta de información histórica de los fáciles detractores de Di Giovanni -al punto que hasta se confunden su nombre- y la abierta manipulación política de sus argumentos demonizadores de la rebeldía.

Si la primera edición fue engullida por los nietos setentistas de Severino Di Giovanni y de Simón Radowitzky, el gobierno de Raúl Lastiri vetó el libro en el ‘73 con su decreto N°1774 que también prohibía los de Eduardo Galeano, Raúl González Tuñón, Fromm, Sartre, Gorki, Maiacovski, etc. Di Giovanni tuvo que esperar hasta 1988 para que nuevas camadas de jóvenes leyeran -entonces mucho más tímida y temerosamente- sus enfrentamientos con las llamadas “fuerzas de seguridad”. En el interín, Bayer agregó nuevos documentos históricos del Instituto Social de Amsterdam y sobre todo del Archivo del Estado de Roma, que prueban fehacientemente la estrecha colaboración represiva entre la policía argentina y el régimen fascista de Mussolini en tiempos de Alvear y de Yrigoyen. También rectificó su juicio de 1970 que señalaba a Agostino Cremonessi -uno de los colaboradores de Di Giovanni- como confidente de la policía, cuando en realidad había sido ésta la que lo mató según las nuevas pruebas encontradas por Bayer.

A pesar de esas importantes correcciones y agregados, no estamos seguros de que esta nueva edición logre una fácil recepción. No por su lenguaje críptico o cerrado, que no lo tiene (Bayer no sólo es un investigador obsesivo y detallista sino un inigualable narrador) sino por

su indomable romanticismo. Cada página transpira ese impulso frenético y tempestuoso. El amor por la libertad, la del socialismo libertario, y el amor por el corazón de una muchacha, el de América Scarfó (la novia de Di Giovanni), inundan completamente la obra. Y sabemos que en este tiempo de contabilidad fuerte, moral flácida y pensamiento débil, el amor romántico se considera a lo sumo una exageración y una ridiculez.

Cuando muchos intelectuales han abandonado sus antiguas poses izquierdistas y ya están “de vuelta”, Osvaldo sigue pacientemente caminando por el mismo sendero de siempre: el de la verdad, el coraje, la solidaridad y la justicia. Desde esos valores nos deja a nosotros, sus lectores, esta obra desbordante, ejemplo imponente y paradigma de lo que debe ser una auténtica investigación histórica. No en cualquier parte, sino precisamente en el país del olvido, la impunidad y la desmemoria.